

en la muerte de Neville

NUESTRO teatro cómico de la preguerra había tenido dos innovadores fundamentales. Uno era Jardiel. El otro, Mihura. Con «Una noche de primavera sin sueños», Jardiel había puesto en marcha un proceso «inverosimilista» que culminaría con «Cuatro corazones con freno y marcha atrás», estrenada en mayo de 1936. Del mismo período era «Tres sombreros de copa», de Mihura, aunque no se estrenase hasta después de la guerra.

Acaso, y por encima de una serie de características coincidentes, entre Jardiel y Mihura, pasado el 39, habría una profunda diferencia: Jardiel se aventuraba en la deshumanización, rehúsa lo cotidiano con cierta ferocidad, vivía como un exiliado permanente. Jardiel era un «inadaptado», en pugna con un medio que acabaría destruyéndolo. Mihura, por el contrario, era —y es— un hombre perfectamente instalado, perfectamente sincronizado con la sociedad de postguerra. La rebeldía de «Tres sombreros de copa» sería sustituida por un inteligente culto a lo ambiguo, a la disposición permanente, al no compromiso. A Mihura le asqueaba la realidad porque era vulgar, estúpida, grosera. Desde «La codorniz» ofrecía un paraiso artificial que sublimaba la condición humana. Frente al «realismo», le imaginación, la invención cómica; frente a las ideologías, el escepticismo, la desconfianza; frente al humor trágico, la ironía apéctica y agrídica. Mihura era el autor escéptico para una sociedad escéptica. Sus personajes, deshistorizados y tiernos, podían manejarse sin agobio alguno. Las ideas tomaban un aire tan pueril y tan dogmático, tan fastidioso, que el espectador no podía menos que sentirse magnificado en su hipotético vacío. El trauma de nuestra guerra civil estaba detrás. La poesía era la inmovilidad. La civilización se remansaba en la sabia tertulia, alrededor de una mesa bien provista. El lenguaje cotidiano era una mixtura de clichés y frases hechas. Había que inventar un nuevo lenguaje, un nuevo modo de mirar y contar lo de siempre.

Tono y Neville fueron los grandes discípulos de Mihura. Aun siendo de una misma generación y habiendo surgido cada cual por su lado, no hay duda que, desde la perspectiva del teatro español, Mihura es el maestro y Neville y Tono sus más famosos seguidores. Tono, acatando la visión grotesca de la realidad, Neville, el aire melancólico.

Una contemplación de todo este teatro de humor, en el ámbito de la sociedad y de la escena españolas, nos permite hoy, periclitada su vigencia, una serie de juicios, quizá nuevos. Por ejemplo, no sería nada aventurado formular una serie de paralelos entre Miguel Mihura y Alejandro Casona, y, por tanto, entre el «mihurismo» y el «casonismo». En ambas vertientes encontramos el mismo escepticismo ante la realidad, la misma amargura, el mismo concepto de lo poético. Los públicos, en definitiva, han sido los mismos; públicos que han reclamado un teatro deshistorizado, tierno e idealista, en la medida que ellos mismos, en tanto que representantes de una sociedad, se han sentido colectivamente ahistorizados. Éste es quizá uno de los dramas de ese público y esa sociedad: haber hecho de la evasión, de la inmovilidad, un principio, una moral.

Neville escribió un prólogo a uno de los volúmenes de su teatro (Biblioteca Nueva; Madrid, 1955; volumen primero) donde explicaba con precisión los principios de su poética. Creo de gran interés el reproducir algún fragmento, en la medida que descubre parte de sus razones históricas y de sus limitaciones:

«Este es un país de extremos enconados, irreconciliables, siempre en llamas, en el que no se sabe nunca bien si lo que arden son cirios o frailes; y cuando uno no aprueba ninguna de esas dos maneras de iluminarse tiene que tirar por un camino diferente y más pacífico; evadirse, en una palabra. Hoy nos reprochan el cultivar el teatro de evasión y no interesarnos en los problemas actuales. Pero no es que dejen de interesarnos, es que resulta difícil su tratamiento, a menos de aceptar sin la menor vacilación la tesis del que manda; para decir que «sí» hay toda clase de facilidades, pero a veces no quiere uno decir que sí ni que no y el laberinto es demasiado intrincado para que valga la pena aventurarse.

»Aparte de eso, la mayoría de los problemas de cada tiempo son pasajeros y no interesan cuando pasa nuestro tiempo. No hay más que echar un vistazo al teatro clásico y al de hace cuarenta años. Todo lo que son problemas de su tiempo nos importa poquísimos y lo que quede con fuerza para conmovernos son los temas de todos los tiempos: el amor, el sexo, la bondad o la maldad.

A uno se le ocurre inmediatamente la siguiente pregunta: ¿cómo tratar los temas del «amor, el sexo, la bondad o la maldad» fuera de nuestro tiempo? ¿Cómo es posible que una serie de autores haya creído que podía ponerse el margen de los problemas de la época?

Ante estas preguntas, uno comprende en seguida hasta qué punto el «evasionismo» deformó el sentido del «realismo», y, quizá, hasta qué punto esta deformación era compartida por algunos de nuestros dramaturgos realistas. De hecho, esto es inevitable, puesto que unos y otros han trabajado en el mismo ámbito histórico.

Neville comparaba a los autores realistas con los notarios. Casona, ante una obra como «La camisa», manifestó que «le faltaba poesía». La disyuntiva parecía planteada entre un teatro lírico y un teatro evasivista, dado que no quedaba la tercera y más enriquecedora opción: un teatro donde se abordasen los temas «del amor, el sexo, la bondad o la maldad» —como dice Neville—, a través de sus concretas configuraciones sociales, a través de una exploración incondicionada de nuestra realidad. Los clásicos que han pervivido lo han hecho con obras que fueron fieles a su tiempo; sólo en su propia época, en su experiencia total, en la vocación reveladora, puede un dramaturgo encontrar la substancia que vivifique sus personajes y sus problemas. «Fuenteovejuna» no sobrevive porque es una obra abstracta. Ni Shakespeare. Ni la tragedia griega.

Ninguna obra que padece de una mutilación puede ser estimada fundamental. Y, como ya apuntaba en otro comentario, el evasivismo de nuestros humoristas de los años cuarenta y cincuenta, quizá muera al mismo tiempo que otras actitudes antagónicas e históricamente necesarias. En la hora en que —según testificaba Neville— ya no debe elegirse entre el «sí» visible, el «no» invisible o el laberinto.

JOSE MONLEON

una camisa audaz en terciopelo

Enkalon®



IBERENKA LIT. CT

Es una creación de: Jayca